



ACTIVIDAD

Órgano del sexto batallón de etapas
Editado por el Comisariado del mismo

¡DESPEDIDA!...

Por A. VILLENA

Capitán Jefe accidental del 6.º Bón. de Etapas

Nos envuelve la deliciosa temperatura de una mañana otoñal.

Un cielo diáfano, orlado de azul purísimo, se une con el mar en prolongado y apretado beso.

Contrastando con la alegre belleza de Natura, un hálito melancólico oprime nuestros pulmones, privándonos de saturarse con el oxígeno vivificador.

Tratamos de cubrir el rostro con la mascarilla de una alegría ficticia, consiguiendo únicamente desfigurar un tanto la huella imborrable del dolor.

¡Despedida!...

Abrazos largos, interminables. Corazones latiendo al unísono bajo la misma emoción y la misma pena.

Frases encendidas expresadas en todos los idiomas, forman una zarzabanda dialéctica con ruidos de catarata.

La metálica lengua de una campana, anuncia el indescribible momento de la marcha.

Un prolongado silencio da paso al último abrazo frenético, asfixiante, que obvia todos los idiomas. Lleva ese abrazo fraternal ansia infinita de fundirse las criaturas humanas en un solo cuerpo perfecto.

Zarpa el barco lentamente. Una nube de aplausos y vítores delirantes se entrelazan amorosamente con los acordes vibrantes de una banda musical.

Después... la emoción silencia las gargantas.

Una ola de recuerdos invade nuestra retina, viéndolos reflejados en la popa del crucero.

¡Otto, Caroli, Charles, Henry...! Apóstoles de bellísimos ideales. Figuras simbólicas del

más allá de la bondad. Hombres, cuya meta de aspiraciones estriba en lograr un mundo mejor para sus semejantes, ofrendando su propia vida, después de martirizar sus cuerpos con mil sacrificios y horrendas persecuciones.

¿Cómo olvidar aquellos momentos en que preconizábais con vuestro altísimo ejemplo la necesidad de una disciplina estrecha y rígida, impuesta por vosotros mismos, y que tan buenos resultados nos dió posteriormente?

Precursores de aquel estoicismo en la resistencia, capaz de enraizar en la tierra y en las peñas el cuerpo del soldado, os cabe el honor de llevar una buena parte de los laureles alcanzados por el mil veces glorioso Ejército Popular de la República española.

Bien sé, hermanos de lucha, que la ausencia no es completa. Vuestros corazones, templados en el sufrimiento común, quedan con nosotros. No pueden marchar. Quedan inflamados de entusiasmo, llorando nuestras penas y riendo nuestras alegrías. Esperan el día luminoso en que la aurora de la victoria irradie sobre España su luz de justicia.

El barco deja en su ruta una estela del sutil perfume que exhalan esas almas infantiles, encerradas en cuerpos de héroes.

Ya no les veo. Mas tengo la convicción de que ya no cantan ni ríen. Cumplida la espinosa misión de mostrarse alegres y animosos en la despedida, se han dejado vencer por la tristeza que les embarga, consolando

Fundamentos para la victoria

Contra la guerra, la guerra

Uno de los primeros artículos de la Constitución española fija con claridad su propósito pacifista: España renuncia a la guerra como finalidad para dirimir cualquier contienda que le afecte. Es decir, que al instaurar el pueblo en aquellas memorables elecciones del 14 de Abril de 1931 el régimen republicano, abandonó explícitamente todo propósito que pudiera inducirle a una guerra.

No es ese nuestro camino, pues; el país, harto ya de contiendas y luchas—internas como contra otras naciones—al llegar a una situación de carácter plenamente democrático, renunciaba de una forma leal a toda actitud bélica. ¿Guerra?... ¿Para qué? España, como tal potencia, no tenía ningún pleito colonial que resolver; apetencias territoriales, menos. Y así, interpretando ese sentir del pueblo, los gobernantes supieron plasmar en la Constitución aquel artículo: España renuncia a la guerra...

¡Y la guerra, en nuestro propio suelo, surge y por obra de unos militares traidores que han fragua-

do su congojado pecho con lágrimas de fuego.

Son las mismas lágrimas que inundan nuestras mejillas.

Son las mismas lágrimas cristalizadas en notas musicales, vertidas momentos antes por los instrumentos de la banda.

Es el llanto de España quien cual madre amantísima, transida de dolor, aparta a sus hijos con el fin de afrontar ella sola los peligros que la cercan.

Viendo en el horizonte la diminuta silueta de la nave, escapa de mi garganta un sollozo:

¡¡SALUD, HERMANOS INTERNACIONALES!!

SALUTACION

Por orden superior se hace cargo, accidentalmente, de la Jefatura de nuestro Batallón el Capitán de la séptima Compañía, don Antonio Villena Sánchez, por haber sido destinado para otro cargo el Mayor don José Jordán y Jover.

El Comisario, al anunciar esta novedad, patentiza su sentimiento por apartarse de esta Unidad el querido Comandante Jordán.

A ti, Jordán, te deseo acierto en tus nuevas intervenciones, advirtiéndote que, aunque abandonas este querido Batallón, siempre te recordaremos con verdadero afecto y gratitud por tu consecuente labor desarrollada hasta hacer del Batallón, nacido a tu impulso, una Unidad que fuese horizonte y guía de otros hermanos Batallones de Etapas.

A ti, Capitán Villena, te doy la bienvenida, deseándote también mucho acierto en la actuación que no dudo dejará impresos copiosos frutos con tu actitud serena, comedida y pletórica de sentido de responsabilidad.

El Ejército Popular no precisa de otra cosa que de sapiencia en los mandos.

Este Comisariado, que orienta sus actividades hacia dicho fin, te ofrece su incondicional y leal colaboración y espera de ti igual proceder en bien del 6.º Batallón de Etapas.

Salud, compañero Jordán.

Bien venido, compañero Villena.

FELIPE GIL, Comisario del Batallón

do el plan más criminal que registra la historia en contra de las libertades de su propio país y aun de su independencia política y económica!

Es decir, que el pueblo español, pacifista, se ve impelido a sostener una lucha, y en esta pelea, que la historia de los pueblos no registra igual, vemos llegando paulatinamente, pero con firmeza, a la glosa de los máximos sacrificios, a la lucha que reviste caracteres épicos.

Las guerras todas tienen una finalidad política o económica. La nuestra, no; carece de ambas particularidades. Es una guerra de independencia.

Luchamos y lucharemos por eso: por librar a nuestra patria de la invasión italoalemana; porque nuestra tierra toda, de un confín a otro, sea para los españoles.

Aquella traición del 16 de julio ha venido a trocarse en esto: en una lucha contra los traidores y los dos países totalitarios que representan Hitler y Mussolini.

Y contra esto van en juego las más puras esencias de España: el patriotismo de todos nosotros, con el firme propósito de vencer, pese a quien pese.

HUMANIZAR LA GUERRA

En distintas ocasiones, se ha hablado mucho de este tema: "Humanizar la guerra".

Las guerras no pueden humanizarse; esto es casi más imposible que no hacerlas, que sería lo más humano. La guerra destruye, arrasa, aniquila; pero debemos contestar a ella, ya que a ella se nos ha llamado. Nosotros no provocamos la guerra, nos la han hecho; a ella hemos ido movidos por instinto de conservación.

Sí, quizás muchos se hayan lanzado a la lucha, desconociendo la magnitud de ésta, o mejor dicho, ignorando lo horrosas que son las guerra. Mas, movidos por el afán de no dejarse arretabar las libertades que pretendían cohartarnos, se lanzaron a la epopeya. Otros, aun teniendo aversión a toda clase de violencias (como siente todo el que es amante de la Humanidad y de la Cultura), fuimos a la pelea porque sabíamos que en ella no solo se debatía nuestra libertad, sino la libertad de nuestros her-

manos; todos los trabajadores del mundo.

Esto, en los primeros días de lucha, cuando sólo se trataba de una guerra civil; cuando ha degenerado en guerra de invasión, desde entonces, con mayor razón, porque la causa que defendemos también es mayor, debemos hacerles la guerra como nos la hacen; no intentemos humanizarla, que sería pretender lo impracticable. Hagamos nosotros por humanizarnos individual y colectivamente. No nos dejemos arrastrar por el ambiente bélico que crean todas las guerras, despertando el rencor de unos para con los otros.

En los campos de batalla, en los combates, no cabe otra regla mas que, metralla a la metralla, después seamos benévolos con los vencidos. Así nos lo aconseja nuestro Gobierno y también nos lo deben dictar nuestros propios sentimientos.

Las guerras tienden a materializarlo todo; despiertan odio en los corazones más nobles y embrutecen los espíritus más sublimes. ¿Cómo evitar esto? Muy sencillo: en las escuelas, en los Institutos, y ahora en los rícones de cultura de nuestro Ejército, leyendo libros de literatura selecta, instruyéndonos y haciendo por mejorar nuestra cultura, siempre bajo el signo de "Amos unos a los otros Igualdad y Fraternidad".

JOSE SANTAMARIA BECERRA

Sargento de la 6.ª Compañía del 6.º Batallón de Etapas

Un rasgo de nuestros soldados

Un acto digno de todo encomio es el realizado por unos soldados de la séptima Compañía, destacados en determinado control, y que revela hasta qué grado está inculcado en nuestra tropa el espíritu de sacrificio y el del cumplimiento del deber.

Hace unos días, a la gasolinera en la que prestan servicio el sargento Constantino García, cabo Vicente Corbillo y soldados Salvador Larrubia, Justino García y Vicente Godoy, llegó un camión para suministrar. El vehículo se incendió, y nuestros soldados, con gran exposición, se lanzaron a la extinción del fuego y además lograron salvar la mercancía que transportaba.

¡Muy bien, muchachos!